

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, CON OCASION DE LOS

FUNERALES DEL EX PRESIDENTE DE CHILE,

SR. SALVADOR ALLENDE G.

SANTIAGO, 4 de Septiembre de 1990.

Estamos dando digna sepultura a un compatriota que fue Presidente de la República de Chile: Salvador Allende Gossens. Quien es hoy Presidente de todos los chilenos no podía estar ausente en este acto. Al concurrir y pronunciar estas palabras, cumplo un mandato insoslayable de mi conciencia de chileno y demócrata.

Es ésta una ceremonia de reparación, de reencuentro y de paz.

De reparación, porque al llevar a cabo estas solemnes exequias estamos reparando el injusto error de que se hayan dilatado por tanto tiempo las honras fúnebres que toda comunidad humana rinde a sus muertos, especialmente a quienes en su vida terrenal sobresalieron entre sus contemporáneos.

Reencuentro con la historia patria, porque Salvador Allende -más allá de los juicios contradictorios que suscite- fue durante más de tres décadas uno de los actores más destacados de acontecer nacional. Diputado, Senador, Ministro de Estado, cuatro veces candidato a la primera magistratura de la nación y, finalmente, Presidente de la República, llegó a ser el líder más representativo de la izquierda chilena. Desde su perspectiva socialista y revolucionaria, encarnó las aspiraciones de vastos sectores de nuestro pueblo que anhelaban cambios profundos y drásticos hacia una sociedad más justa, luchó por ellas con coraje

y dio su vida por lealtad a sus convicciones. Estos son hechos que nadie puede desconocer.

Como todo ser humano, Allende tuvo aciertos y errores, virtudes y defectos. Como suele ocurrir a los conductores políticos, suscitó controversias y pasiones, tuvo amigos y enemigos. Idolo para algunos, detestado por otros, tendrán que pasar muchos años para que la posteridad pueda juzgarle de manera objetiva. Pero nadie puede negar que su nombre forma parte de la historia de Chile.

Este es, también, un reencuentro entre los chilenos, que al rendir juntos homenaje póstumo al gobernante de quien unos fueron seguidores y otros fuimos adversarios, reconocemos nuestra común identidad nacional y expresamos nuestra voluntad de privilegiar el futuro de la patria, que nos exige unirnos por sobre las disputas que en el pasado nos separaron.

Se equivocan y causan daño quienes quieran hacer de este acto o ver en él un motivo o pretexto para reavivar querellas. Honrar a un difunto no es acto de proselitismo, ni puede ser ofensa para nadie.

Como todo el país sabe, yo fui adversario político de Salvador Allende, lo cual no me impidió respetarlo como persona, reconocer sus merecimientos, coincidir en muchas ocasiones y mantener con él relaciones amistosas. Ello es de la esencia de la vida democrática. Fui severo opositor de su gobierno, lo que tampoco nos impidió -ni a él ni a mí- dialogar en busca de fórmulas de acuerdo para salvar la democracia.

Debo decirlo con franqueza: si se repitieran las mismas circunstancias, volvería a ser decidido opositor. Pero los horrores y quebrantos del drama vivido por Chile desde entonces nos han enseñado que esas circunstancias no deben ni pueden repetirse, por motivo alguno. Es tarea de todos impedirlo. Y lo impediremos en la medida misma en que desterremos el odio y la violencia, en que evitemos los sectarismos ideológicos y las descalificaciones personales o colectivas, en que sepamos respetarnos en nuestras diferencias y en que todos acatemos lealmente las reglas del juego democrático.

Muchas fueron las causas de la crisis que sufrimos. Pero así como ayer nos culpábamos de ella unos a otros, hoy hemos asumido -cuál más cuál menos- las responsabilidades que nos corresponden y, sobre todo, hemos aprendido de los errores que todos cometimos,

para encaminarnos, con firme decisión, a superar el pasado doloroso, reconciliarnos y construir en conjunto el porvenir.

Por todo esto, el homenaje que tantos chilenos de buena voluntad tributamos hoy al Presidente Allende, es un acto de unidad y de paz.

Desde tiempos inmemoriales el ser humano, en su intuición, cerró el ciclo de la vida con el sagrado rito de enterrar a sus muertos, expresando así la necesidad de encontrar la paz: la paz de los muertos y la paz de los vivos.

En la mitología de la Grecia antigua, los muertos que no recibían digno entierro estaban condenados a vagar eternamente, sin destino ni horizonte, por tierras frías e inhóspitas. Para los cristianos, la sepultura es el descanso del cuerpo hasta su resurrección en la gloria del final de los tiempos. Para la civilización a la que pertenecemos, la digna sepultura es el tributo que la vida le rinde a la historia.

Los chilenos tenemos aún otras deudas con compatriotas de diversos lugares del país que todavía no descansan en paz. En este acto en que despedimos a Salvador Allende, queremos recordar a todos los caídos, comprometiéndonos a desterrar para siempre la violencia y la intolerancia, porque ha llegado el tiempo de la paz.

Estamos dando sepultura a quien fuera Presidente de la República. Lo hacemos ahora, cuando los chilenos podemos unir nuestras manos y reconocernos como ciudadanos, como compatriotas, como hermanos.

Estoy cierto que si Allende estuviera entre nosotros, nos acompañaría en nuestro empeño de aunar esfuerzos para construir juntos una Patria de hermanos, libre, justa y solidaria.

* * * * *

SANTIAGO, 4 de Septiembre de 1990.

MLS/EMS.